

LA GUERRA ATROZ

Alfredo Iriarte

Nueva Frontera - Nº 104 - octubre/noviembre 1976

Probablemente algunos lectores van a sorprenderse al leer que, después de las dos guerras mundiales de este siglo y de la de Vietnam, la contienda más mortífera de esta centuria ha sido la Guerra del Chaco, librada entre Bolivia y Paraguay entre 1932 y 1935. Su pobreza y subdesarrollo hubieran hecho impensable un conflicto largo y encarnizado entre estos dos países. En sana lógica es admisible que las más grandes potencias del Mundo cuenten con recursos y hombres para trabarse en sangrías de años. No así tratándose de dos naciones paupérrimas y muy escasamente pobladas. Pero hay un elemento que hace aún más inconcebible esa guerra absurda: la carencia de razones válidas para comprometerse en una refriega tan brutal y despiadada como fue la Guerra del Chaco. Los dos países arruinaron sus precarias economías en el desmesurado esfuerzo bélico. Con su rápido y siniestro vuelo de chulos voraces, cayeron sobre estas dos naciones indigentes, en perfecta complementación, los grandes prestamistas internacionales y los traficantes y usufructuarios de la muerte con sus cargamentos de fusiles, tanques, aviones, obuses y artillería. Hoy los niños de Asunción juegan y retozan en torno a un pedestal, en el que se yergue un tanque de la casa inglesa Vickers capturado a los bolivianos en el Chaco. Las palomas se posan sobre la torreta y los turistas toman fotografías. Acaso sólo algunos de los vejetes que toman el sol junto a las orugas sabrán que el hoy inofensivo armatoste fue pagado a los lejanos mercaderes de la City con la sangre de miles de paraguayos y "enemigos" bolivianos.

En pleno conflicto, y acosado por los apremios inexorables de la guerra, el Presidente de Bolivia, Daniel Salamanca, se vió dolorosamente precisado a dirigir una nota mendicante al archimillonario Simón Patiño, magnate supremo del

estaño, quien en sus palacetes europeos disfrutaba de una opulencia montada sobre la miseria y la ruina corporal de miles de obreros bolivianos. Patiño, en un "laudable gesto de amor patrio", accedió a otorgar a su gobierno un empréstito usurario para que más indios del altiplano pudieran descender de sus páramos andinos al desierto calcinante del Chaco a destrozarse con sus hermanos paraguayos.

"Esta va a ser la guerra de la sed". Tal fue la sombría premonición que lanzó el Mariscal José Félix Estigarribia, comandante supremo de las fuerzas paraguayas en el Chaco. Y el pronóstico se cumplió con una monstruosa exactitud. Las maniguas y regiones desérticas del Chaco son de las pocas zonas de la tierra que pudieran parecer diseñadas y creadas por una mano providencial adversa para hacer imposible la presencia del hombre. Bajo el flagelo de un sol letal se extienden áreas infinitas que jamás han conocido la circulación del agua y donde la plana inmensidad reverberante sólo se quiebra con arbustos resecos y chumberas. Por su parte, las regiones selváticas son tan mortíferas para los hombres como propicias para los sádicos mosquitos, las víboras aviesas, las fieras antropófagas y toda suerte de arteras alimañas.

Y en este escenario se libró la lucha porque esa era "la zona en disputa". En esos yermos homicidas se enfrentaron los aguerridos guaraníes y los quechuas y aymarás de los Altos Andes para complementar con sus granadas, bayonetas y fusiles el trabajo asesino de la naturaleza. Enloquecidos por la sed, hubo soldados que apelaron a la cruenta artimaña de auto-herirse para ser retirados del frente infernal. A quienes eran sorprendidos en la ejecución de la estratagema se les fusilaba sumariamente para salvaguardar la moral de la tropa. Otros optaban directamente por el suicidio. Los espectros sedientos que aún se mantenían en pie se lanzaban como fieras sobre los cadáveres de compatriotas y enemigos con la esperanza de hallar un trago de agua en las cantimploras, y como fieras luchaban por el exiguo botín, con la circunstancia cruel de que a menudo las miserables gotas restantes se vertían inútilmente mientras proseguía hasta la muerte la vana reyerta entre los dementes de la sed.

Si no tuviera a la mano los más irrecusables testimonios, no me atrevería a contar que la sangre de los muertos era succionada con avidez por los combatientes a quienes la sed

enajenaba; ni que hubo soldados que se liaron a bayonetazo limpio ante compañeros que orinaban, con el resultado de que muchos murieron en la brega por el líquido pestilente que era codiciado con delirio para humedecer fauces y guar-güeros.

Pese a todos estos horrores, "pilas" y "bolis" (así se llamaban mutuamente) batallaron con un heroísmo sobrecogedor y digno de mejor causa. En encuentros como el asedio al Fuerte del Boquerón, sitiadores paraguayos y sitiados bolivianos derrocharon arrojo suicida, tenacidad y menosprecio por la muerte. Alineados por la fanfarria chauvinista, estos hombres sencillos y valientes fueron al horno del Chaco a padecer la muerte rápida de la metralla o la muerte atroz de gargantas y entrañas achicharradas por la sed. Y todo por "la defensa de la patria agredida y por la recuperación de los territorios injustamente usurpados por el enemigo".

Hay un episodio de la Guerra del Chaco que impresiona por su patetismo. Hacia el final de 1934 y más a comienzos del 35, se desarrollaron en Buenos Aires las negociaciones que habrían de poner término a la matanza. Obviamente los negociadores se tomaron todo su tiempo alojados en los mejores hoteles porteños y gozando de las más exquisitas comodidades. Entre tanto, los combatientes seguían desangrándose en el frente. Pero la crueldad intrínseca de esta historia radica en que a los soldados llegaron las noticias de las conversaciones y en todos prendió la chispa de la ilusión. Desde luego, no eran estúpidos y, a pesar de toda la verborrea patrioterica y de la férrea disciplina castrense, en el fondo de ellos palpitaba la certeza de que debían pelear hasta la muerte, (y así lo hacían) porque lo mandaban sus jefes y sus "karays"; pero no porque de veras estuvieran librando una genuina cruzada de liberación o una auténtica guerra justa contra poderes opresores. En consecuencia, anhelaban la paz con vehemencia. Y la paz ya se acercaba! Sin embargo, la sórdida realidad era que tenían que seguir matándose con la misma ferocidad mientras de una bruñida mesa de Buenos Aires no saliera la orden de poner fin a la degollina fratri-cida. Y entonces todos coincidieron en el mismo pensamiento cruel, en la misma nefanda premonición: todos se sintieron víctimas de última hora. Cada uno de los guerreros pensó que sería él precisamente quien habría de morir con un balazo en la frente o una bayoneta incrustada en la barriga

minutos antes de que llegara a las trincheras la buena nueva del armisticio. Y así, el exterminio continuó implacable hasta el último instante y, naturalmente, en muchos soldados se cumplió el presentimiento siniestro. Se convirtieron en las víctimas postreras y más inútiles de la contienda en momentos en que los diplomáticos de la Paz y de Asunción se estrechaban las manos bajo la mirada paternal del canciller argentino Saavedra Lamas, que en esa forma consolidaba su frenética y obsesiva carrera hacia el Premio Nobel de la Paz el cual, efectivamente, le fue otorgado sin dilaciones en 1936.

Cuando llegó la noticia, como impulsados por un resorte simultáneo, bolivianos y paraguayos saltaron de las trincheras sobre las carroñas de sus hermanos para abrazarse e intercambiar sus armas. Esta gigantesca confraternización colectiva estaba mostrando al Mundo la monstruosa injusticia de la Guerra del Chaco. En ese momento histórico aquellos combatientes estaban enseñando a toda la humanidad la sin razón de su lucha; su ignorancia de la causa por la cual habían peleado. Y sobre todo, esto último. Porque si hubieran tenido conciencia de la perversidad de la real causa por la que se mataron durante tres años, no habrían vacilado en volver sus armas contra los lejanos explotadores que los enviaron al holocausto haciéndoles creer que iban a "dar la vida por su patria".

Quinientos mil paraguayos y bolivianos dejaron sus huesos diseminados en la desolación chaqueña. Otros muchos regresaron. Unos a enseñar sus muñones gloriosos en las calles de La Paz y de Asunción en ejercicio de la noble mendicidad post-bélica. Otros, a poblar cárceles y manicomios. La mayoría, a malvender su fuerza de trabajo por pingajos y mendrugos a los grandes expoliadores, a los amos del estafío, a los terratenientes feroces del quebracho. No pocos tuvieron el privilegio de volver luciendo sobre sus andrajos las medallas al heroísmo que allí les colgó "La Patria agradecida".

La historia oficial —suma falsificadora y embaucadora máxima de pueblos— tiene sus versiones mendaces y amañadas sobre las causas de esta aberrante carnicería. Tanto en Bolivia como en Paraguay cuenta largos y tediosos relatos de litigios de límites que se remontan a la Audiencia de Charcas y llegan a 1.932. Todo mentira. Ristra malévola

de embustes. La única, la aterradora verdad de la Guerra del Chaco, es que bolivianos y paraguayos fueron al conflicto como trebejos de un ajedrez macabro movido por las garras prepotentes de la Standard Oil Company y la Royal Dutch Shell. Los dos grandes pulpos habían entrado en contradicción por los yacimientos petrolíferos del Chaco y para resolver el diferendo estaban los inocentes suramericanos. Por eso se inmolaron bestialmente durante tres años. Por eso fueron a calcinarse vivos en el infierno del Chaco. Para abonar con sus huesos el mar soterráneo de petróleo que codiciaban los caimacanes norteamericanos, ingleses y holandeses.

Se dice —y es objetivamente cierto— que el Paraguay ganó la guerra en los campos de batalla y la perdió en las mesas de las negociaciones. A la luz de la historia oficial esto resulta una paradoja incomprensible. No así a la luz de la verdadera historia que se escamotea a los pueblos para mejor enajenarlos y más fácilmente yugularlos. Efectivamente, las fuerzas paraguayas hicieron toda la guerra encabezadas por el Mariscal Estigarribia, cuyo genio militar dió un triunfo categórico a las armas paraguayas en todas las confrontaciones decisivas de la guerra. No hay que olvidar que ante Estigarribia fracasó y sucumbió el veterano guerrero prusiano, General Hans Kundt, que venía de ganar batallas memorables en la guerra del 14 y que fue contratado por el Gobierno de La Paz para aplastar a los guaraníes en el Chaco. ¿Por qué, entonces, la derrota diplomática del Paraguay? ¿Podría en consecuencia afirmarse que Bolivia recuperó en suntuosas mesas de caoba lo que perdió en el desierto chaqueño? A medias. Los dos países perdieron todo y nada ganaron. En 1935 lo mejor de su juventud estaba compuesto por muertos y lisiados y sus respectivas economías en la más deplorable bancarrota. Hubo, sí, un grande y rotundo vencedor a quien por entonces convenía el triunfo diplomático de Bolivia: la Standard Oil Company, cuyo nonagenario fundador aún vivía y a quien la Empresa pudo ofrecer en las postrimerías de su vida esta nítida victoria montada sobre medio millón de cadáveres paraguayos y bolivianos.